

mis anchas durante mi primer año en Roma mientras me preparaba para enfrentarme a los difíciles estudios eclesiásticos. Mediante un módico estipendio contraté los servicios de un sacerdote napolitano, Renato Sant'Elmo, ordenado pocos meses atrás. Vivía, mísero, en Roma, como clérigo suelto, a la espera de que se le asignara una parroquia o un colegio, pues era salesiano. La Curia lo mantenía en suspenso por ser del grupo de quienes se oponían al celibato. Siguiendo su consejo, me mudé a la modesta pensión donde él vivía. No sólo me sirvió como magnífico preceptor sino también como cicerone. Por las noches fue mi mejor cofrade. Vestidos de seglares nos colábamos no sólo en bulliciosos centros nocturnos sino también en los burdeles. A él lo fascinaban las mujeres estilo Rubens. Me decía que la función sexual era un misterio gozoso impuesto por Dios y consignado en el **Génesis**. Para la Iglesia habría sido más honesto abolir el celibato que hacer la vista gorda frente al pecado de los curas rijosos. «No soy un hombre impuro —me decía—. Yo, ante todo, soy un buen sacerdote; pero no creo que el vino y las mujeres tengan nada que ver con el pecado. Sé que hay seres que por naturaleza son abstemios y castos. Suelen aproximarse, a veces, a la categoría del santo. Tú no tienes una profunda vocación religiosa como la mía, pero es al lado de una mujer desnuda donde puedes probar tu castidad. Ya sé que no eres aficionado al vino lo cual es un buen síntoma, pero debes medir tu continencia confrontándola sexualmente. Si logras controlar tus instintos y no te excitas, no cabe duda alguna de que serás un sacerdote modelo. Por eso te he traído a este burdel que, dicho sea de paso, es de un Cardenal. Como vez, las muchachas son bonitas y alegres. Parecen ángeles. Cada uno de nosotros escogerá la que le agrade. Subiremos y cada cual hará en su cuarto respectivo lo que le plazca. Dame dinero. Yo voy sobre seguro y te advierto que a estas muchachas, aún sin utilizarlas, hay que pagarles el servicio.»

Cada vez que Danilo visitó los burdeles tuvo la convicción de que la Virgen lo protegía pues, ya en el cuarto, por bella y joven que fuera la mujer, al verla desnuda y sin escrúpulos sobre el lecho, sentía pudor. Mayor vergüenza lo invadía cuando veíase obligado a desvestirse. Dialogaba con ella pretextando catequizarla para que se alejara del pecado. La meretriz se daba cuenta de que él no sólo parecía un ángel sino que en realidad era un neófito en asuntos sexuales y, experta en su arte, trataba de animarlo, acariciándolo, pero todo era inútil. Danilo no puso más en duda su inclinación al celibato. Al concederle la difícil pureza y la continencia, Dios y la Virgen le estaban señalando con absoluta claridad su vocación religiosa.

Guiado por Renato Sant'Elmo, Danilo fuese compenetrando, día tras día, con las bellezas de la ciudad de Roma. Visitaban los principales templos, los lugares históricos y los museos más importantes sin olvidar por ello su forzoso entrenamiento humanístico de teología y latín.

Tomando muy a pecho su cometido, Retrato Sant'Elmo, quiso afirmar la vocación religiosa de Danilo, pues tuvo la certeza intuitiva de que el Cielo se habla acordado de él no sólo por salvarlo de la miseria sino porque el Señor había querido confiarle la evangelización de un buen novicio casi en camino de la santidad.

La vista inicial al Coliseo dio tema al guía para extenderse en un caluroso elogio del cristianismo glorificando a los mártires injustamente devorados por los leones. Alumbrados por cirios recorrieron oscuras catacumbas y Danilo admiró a San Sebastián, en mármol blanco, con flechas incrustadas en su desnudo cuerpo juvenil. **La Piedad y el Moisés** de Miguel Angel lo dejaron pasmado. Igual éxtasis experimentó Danilo ante los frescos de la Capilla Sixtina. Cada una de las grandes iglesias era objeto de un estudio especial. Dedicándole un día a cada una de ellas, visitaron Santa María la Mayor, San Juan de Letrán, San Pablo Extramuros y muchas otras. Luego tocó su turno a los lugares y monumentos de alta categoría, el Vaticano, el Quirinal, el Palatino, las Termas de Caracalla, la Fontana de Trevi, la Villa Borghese, el Castillo del Santo Ángel, la Plaza del Pueblo, la Rotonda, la Vía Apia antigua, los soberbios museos, arcos suntuosos, foros romanos y puentes renacentistas. Al ascender, de rodillas, las gradas de lo que fue el palacio de Pilato, pudo observar las manchas de sangre vertidas por el Hijo de Dios Nuestro Señor. En otra iglesia miró la tabla circular de la mesa donde se celebró la última cena. Y, en el altar mayor de San Pedro, su atención fue atraída por los altorrelieves de Bernini, preciosos torsos de mujer que, en mármol blanco, representan el proceso genésico desde el primer espasmo incluyendo las diferentes fases de la gravidez hasta el momento del parto.

Con bondadosa habilidad Renato Sant'Elmo fue conduciendo a su inocente discípulo hacia la grey sacerdotal acrecentando en él, devotamente, su débil vocación religiosa. Y para convencerlo de lo difícil que es la prueba del celibato, jamás perdía ocasión de entretenerlo con muchachas que, admiradas del aspecto seráfico de Danilo, se le insinuaban coqueteando en torno a él con claras intenciones de seducirlo.

Simulando ejercer el rol maligno que desempeña el abogado del diablo, siempre insistió en probar la fortaleza moral del joven neófito poniéndolo

en contacto perenne con los goces que él llamaba eucarísticos por ser los de la carne y el vino.

Debidamente instruido por su atinado preceptor, Danilo se inscribió en la gregoriana, pero apenas inició sus estudios se dio cuenta de que no iba a avanzar un ápice sin la ayuda humanística de Renato Sant'Elmo. Tras diversas gestiones realizadas ante altas autoridades eclesiásticas, se logró que Danilo siguiera residiendo en la pensión bajo la vigilancia y custodia del cura salesiano que, desde luego, requirió un estipendio más adecuado. La adquisición de textos y el aumento de gastos debidos a la vida universitaria pusieron a Danilo en situación muy desesperada y embarazosa. Conociendo lo muy tacaño que era el abuelo Giovannino, Danilo le escribió a Teodorina. La respuesta no llegó de inmediato. La espera fue angustiosa, Por fortuna, la dueña del albergó era comprensiva y hasta los ayudó de vez en cuando a pesar de que le debían diversas mensualidades atrasadas.

La carta de la abuela Teodorina resultó favorable. Desde esa fecha en adelante le remitió a Danilo, mensualmente, giros que triplicaban los envíos del abuelo, advirtiéndole que éste jamás debía enterarse. ¿De dónde sacaría Teodorina tanto dinero? Danilo se hizo esa pregunta dos o tres veces; pero, al fin y al cabo, como decía Sant'Elmo, los giros de la abuela llegaban siempre con la más religiosa puntualidad.

Los calurosos meses del verano ahuyentaron hacia las playas a un numeroso público. Renato Sant'Elmo resolvió visitar a su familia, que residía cerca de Nápoles. Danilo quiso hacer lo mismo, pero se vio obligado a permanecer en Roma debido a los cursillos estivales. Sin embargo, le prometió ir más tarde, pues deseaba conocer a sus parientes que vivían en Pausílipo.

Tan sofocante era el bochorno que ciertas noches, desvelado, pensaba, al igual que San Antonio eremita, en mil imágenes lúbricas que lo excitaban. A veces, en sus ratos de ocio, se refugiaba en las iglesias en cuyo ámbito, por ser de mármol y enorme, no hacía calor. Gozando de esa atmósfera fresca solía sentarse a meditar y a leer su breviario. La paz de los altares, retablos e imágenes lo invadía siempre de un gozo espiritual tan apacible que al fin logró encontrarse a sí mismo y convencerse de que la Virgen había logrado iluminarlo guiándolo por el buen camino del espíritu y de la castidad.

Angustiado por la insufrible soflama, una mañana casi al filo del mediodía, llegó acezante a la iglesia donde, según sabía, se venera la Santa Cruz de Jerusalén. Un sacristán amanerado, rechoncho y rubicundo se le

acercó oficioso y le indicó que en una cámara subterránea se custodiaba nada menos que un clavo de la Cruz, el Santo Clavo. Manifestando su anhelo de admirar tal reliquia Danilo siguió tras el acólito. Antes de descender las gradas, el sacristán miró hacia todos lados con cierta preocupación. En toda la vastedad del templo sólo había algunas beatas. Bajaron hasta un sitio en penumbra. El guía sacó un ruidoso llavero y abrió la puerta del oscuro recinto. Allí estaba el tabernáculo o sagrario dorado cuyas puertas combadas abrió el acólito con otra llave. Danilo se quedó maravillado al ver en lo alto como una especie de custodia de oro labrado. El sacristán arrimó un trípode y le dijo: «Sube. Puedes tocarlo. Si lo haces con toda devoción y meditando, ganas trescientos días de indulgencia.» Danilo subió al trébede. Entre el brillo del oro que lo rodeaba, el Santo Clavo resaltaba por ser de hierro tosco muy oxidado. Danilo lo tocó con temor y recogimiento. Mientras el sacristán narraba los milagros de la sacra reliquia, pasaba y repasaba su mano, disimuladamente, sobre el sexo del joven quien, sin quererlo ni desearlo fue excitándose de modo inusitado. Era tan sorpresiva y reveladora aquella experiencia, que Danilo permaneció indeciso como quien no se atreve a moverse por no espantar a un pajarito. Hasta ese instante se había creído frígido debido a que la Virgen defendía su pureza lo cual era un indicio de su profunda vocación religiosa. No se excitaba con muchachas desnudas y, en cambio, ahora, de modo irrespetuoso, su varonía se erguía sin freno alguno. Notando que Danilo no se oponía, el acólito se creyó autorizado y adelantó caricias de orden íntimo profanando la divina presencia de la reliquia. Danilo reaccionó violentamente. De un solo sopetón, crispado de asco, sacó del trance su irresponsable virilidad erecta protegiéndola con gestos pudibundo. Bajó del trípode e hizo el intento de escapar, pero la puerta estaba cerrada y el sacristán había guardado en su bolsillo la llave. Al no poder abrir la puerta, Danilo se sintió poseído por un pueril acceso de cólera, de repulsión, de miedo. Sintiendo indefenso, se soltó en llanto. Un llanto histérico, incontrolable, con sollozos que asustaron al otro y lo obligaron a deshacerse en frases tiernas para calmarlo. ¿Por qué lloraba? ¿Se había asustado acaso? ¿Sentía vergüenza? ¿Miedo? ¿De quién? ¿De un pobre acólito indefenso y sumiso? No, la eclosión de esas lágrimas tenía por causa algún motivo más íntimo. Su sotana indicaba que era seminarista. Su llanto era un reflejo de su inocencia; pero su propio sexo al reaccionar daba pruebas de que la castidad sólo es un mito.

—Eres muy joven para enterarte de la gran decadencia de la Iglesia Católica que, desde la época en que el dulce San Francisco de Asís hizo el

esfuerzo de redimirla para evitarle su total descalabro, se sigue derrumbando y ha optado por convertirse en una empresa que se enriquece especulando con las cosas sagradas. Crímenes de la más odiosa crueldad han manchado los vastos aposentos del Vaticano. Vete a Santa María la Mayor y observa la venta de indulgencias. Puedes comprar desde un sitial a la diestra de Dios Padre hasta las más inesperadas reliquias como suspiros del Espíritu Santo, lágrimas de Jesús, sangre de santos que sistemáticamente se licúa cada año y aun peos de la Virgen. Hay tantos senos de Santa Cecilia como los que tenía la Diana de Efeso, cientos de clavos de la Cruz, miles de espinas con la sangre de Cristo y tantos trozos del Divino Madero como para cubrir al Vaticano. Sé que el Santo Prepucio se conserva en la iglesia de Calcata y me han dicho que **non so dove diavolo** hay una pluma del Arcángel Gabriel. Como Luzbel era ángel puede que varias de sus plumas estén metidas en el colchón del Papa. Y no olvides que el pesebre se venera en España porque en una de sus capillas reales se custodia la Santa Paja. Por regla general los sacerdotes transgreden el canon sobre la pureza y castidad pues quienes no prevarican se masturban o son homosexuales. Sólo se salvan los que son impotentes o aquellos que claudican por la simple razón de que les importa un pito el celibato que, desde luego, es una inicua maldad. La sobrina del cura no siempre lo es, amigo, es barragana. Las fuerzas del instinto no pueden reprimirse. Debido a la temible represión existente en otras épocas, hoy se han hallado en los antiguos conventos de monjas cementerios de niños, de criaturas asesinadas al nacer y los culpables no siempre eran las madres. No te engañes, amigo; si tu sexo se ha erguido con mi primera caricia, ello es indicio de que no eres lo puro que creías ser. Es natural que eso te ocurra. Hasta los santos necesitaban masturbarse para alejar a los demonios, es decir, para calmar las ansias de la lujuria. La erección no es pecado ni es malo masturbarse. Con ecuanimidad y mesura, ese ejercicio resulta saludable porque sosiega al ánimo y evita enfermedades. De todos modos, debes tener cuidado. Si la Iglesia comete simonías, peculados, sodomías e injusticias es porque está repleta de ángeles de Sodoma. Tal vez sean ellos los que te han inculcado la carrera eclesiástica. Desconfía de ti mismo y de tu falsa pureza. Puedes estar seguro de que tu llanto sólo indica la rabia que has sentido contra ti mismo al darte cuenta de tu endeble naturaleza. Nuestro espíritu es débil. Quien se impone es la carne. A veces lo hace por caminos ambiguos. Ahora ya sabes que debes liberarte de un terrible vampiro que llevas dentro capaz de asesinar por la pureza.



## Romance pedagógico

Cada final de mes, maestras y maestros debían viajar a la ciudad capital con el propósito de cobrar sus respectivos salarios que desdichadamente les eran asignados no en cheques pagaderos a la vista sino en nóminas o bonos para cuya cobranza «a largo plazo era preciso ensillar un gallinazo, según decía don Plácido. Esta incómoda práctica se debía a la habitual resequedad de la ubre pública, exhausta y en franca bancarrota debido al gran desgüeño fiscal. Los maestros negociaban las susodichas nóminas con oficiosos agiotistas, tragaldabas que poseían agallas de tiburón y, sin escrúpulo, recortaban los sueldos con tijeras de sastre pues les hacían descuentos leoninos

En calidad de pariente próximo, Néstor acompañaba a la ciudad a María Isabel y, entre idas y venidas, aproximábase a ella más de lo que permite el parentesco. De esas continuas giras nació un romance paladino que fue intensificándose hasta llegar al pleno pecado original. Cuando Chabela le hizo saber a Néstor que estaba encinta (de eso estaba segura, pues en vano seguía esperando a la tía Pepa) él resolvió el asunto honestamente y de inmediato quedó oficializada la coyunda mediante el trámite legal ante un juez, sin aspavientos y a la chita callando. Regresaron a la isla ya casados y se confabularon con Plácido para que él los salvara del rubicón.

Las primeras en mostrarse alarmadas fueron las tías de los felices cónyuges.

—Imagínate la cara de tía Lala —dijo la quinceañera Cándida.

—Tía Lola se persigna cuando presiente amagos de tempestad —dijo Dalila—. Ya la imagino vuelta cruces.

—La Niña Clo y la Niña Chenta parece que fruncieron el ceño y exclamaron: «Alabado sea Dios.» La cantaleta tendremos que aguantarla después —dijo Betín.

—¿Por qué tanta alharaca? —ironizó desde la cocina Chon Candela.

—Porque esa unión es un pecado según dijo tía Lala —susurró Cándida, agregando con gestos de silencio. Viene mamá, cuidado.

—Muchachos del demonio, dejen de estar de lenguaraces.

—Yo se los dije, doña Fina —fabuló Chon Candela.

—No metas tu cuchara, zamba alcahueta.

La señora Delfina les explicó a sus hijos el por qué de la justa indignación de las tías.

María Isabel y Néstor eran primos hermanos. No se debían haber casado. Néstor había abusado de la confianza que pusieron en él.

—Además, esas bodas sin las debidas pompas eclesiásticas... ¡Sea por Dios! ¡Qué vergüenza!

Sufrió un violento acceso de tos y, llevándose el pañuelo a la boca, se apresuró hacia el baño.

—Pobre madrina. No ha debido excitarse —musitó Chon Candela—. Está muy grave. Cada día escupe sangre. Felipe, deja de estar tumbando marañones y anda rápido a llamar al doctor.

Don Plácido ladera, que era vecino la atendía complaciente y sin cobrar honorarios pero sin muchas esperanzas. Resígnate, gallego, le decía al Ñopo. La hetiquez de mi comadre Delfina no tiene cura. Sólo por medio de un milagro se le pondrían pulmones nuevos; pero ni Dios hace trasplantes de esa índole.

—Me basta con que logres que en sus últimos días esté calmada y no me joda la pita —dijo Juan Dávila impasible, agregando sin transición alguna—. Y tú ¿qué piensas de lo de tu hijo Néstor?

—Bendije el matrimonio e hice elogios del acontecimiento. Bien sabes que yo soy liberal, masón y ateo. Mis hermanas, de un lado; por el otro, mis primas, todo lo han enredado. Son unas beatas del carajo. Yo no creo en paparruchas ni pendejadas. Que cada cual viva su vida como mejor le plazca. Por eso he cooperado con los recién casados. Los ayudé a instalarse en la casita en loma Arriba que conseguí alquilarle a Papa Chente. Casi a

regañadientes me hizo la entrega de las llaves, persignándose y salmodiando oraciones. Más es la bulla que las nueces. Ya tú verás que todo marcha como a pedir de boca.

La cosa anduvo bien un mes tras otro y habría seguido viento en popa aún a pesar del ceño adusto de las tías; pero María Adelaida insistió tanto sobre lo necesario que era el connubio religioso, que Néstor, fastidiado, le espetó a quemarropa un no rotundo de modo tan violento, que la austera señora (¡Virgen de los Dolores!) casi sufre un colapso. Fue inevitable el anatema. Lala, Lola, Clo y Chenta se entrevistaron con Chabela que, confundida y aterrada, no atinaba a convencer a las tías de que Néstor, por sus ideas sociales, no creía en esas cosas y era mejor no provocarlo porque tenía un carácter que si lo hacían salir de la recámara era capaz de echarlas contra viento y marea, despropósito que desafortunadamente sucedió al poco rato. Se fueron indignadas tildándolo de bolchevique y de anarquista y le gritaron relapso, réprobo y herético.

Después de rígidos concilios y de pacientes idas y venidas, Plácido logró que los airados parientes llegaran a una especie de armisticio que consistía en la admisión de visitas de Néstor y Chabela a sus respectivos familiares. Las hermanas de la una por un lado y las tías de él por el otro, metían cizaña a raja tabla, como decía Ladera, insistiendo en los dimes y diretes con tal tenacidad que socavaron los débiles cimientos del inconcluso matrimonio.

Las reyertas se hicieron tan frecuentes que Néstor, desesperado al fin, procuraba estar lejos de la casa, buscaba a los amigos, frecuentaba cantinas, se dio a las francachelas y se aturdía bebiendo, emborrachándose.

María Isabel, ya en avanzado estado de gravidez, lloraba, languidecía, rezaba y, no pudiendo soportar más injusticias (sobre todo ciertos celos feroces contra esa tal por cual) buscó el paño de lágrimas de sus hermanas solteras y regresó al redil.

Diariamente ambos cónyugues cumplían con sus deberes escolares, pero entre el Director y la maestra no se cruzaban ni el saludo.

Todos los meses Néstor viajaba a la ciudad, traía las nóminas y le entregaba a Plácido la de María Isabel.

Ya entonces circulaban los primeros rumores del extraño romance clandestino que protagonizaron Néstor y Débora. Dios los tenga en su Gloria.



## Una carta fatídica

—Danilo, sé que aprobaste tus exámenes y que, aún así, no has leído la carta de tu amigo. No suelo ser curiosa —insistió Lisetta—, pero, al hacer tu cuarto esta mañana, la vi aún cerrada y sin abrir, sobre tu mesa. Perdona mi impaciencia y compréndeme. Sé que él es cura salesiano. Si no me escribe, lo hace por su buena intención de que lo olvide. De todos modos, nada se pierde con soñar. Tú sabes que Renato y yo... Digo, junto a él, Norina y tú... Fueron los días más adorables de mi vida. Como buena napolitana, soy muy sentimental. Cuando no canto, me echo a llorar y a veces hasta bailo tratando de olvidar lo inolvidable.

—Tienes razón —dijo Danilo—. Si él no te escribe es porque, como tú misma dices, no debe hacerlo. Yo estaba sumamente resentido por no haber recibido carta de él y, sin decírtelo, pensé que era un ingrato, un mal amigo. Sin embargo, desde hace varios días miro el sobre, releo las iniciales del amigo, R.S., y aún no me atrevo a abrirlo. ¿Por qué raro motivo? Pienso que por tu bien Sant'Elmo no ha debido escribimos. Hablo en plural por simple lógica. Sé que una carta de él, aún dirigida a mi nombre, te afecta más a ti, cara Lisetta. Por eso he demorado en abrirla. Cuán preferible hubiera sido que tú no te enteraras. Norina debe estar cocinando. No necesitarás ayudarla. Ve a la iglesia a rezar. Repasa los misterios gozosos para que las noticias sean festivas. Acompaña a nuestro querido Teófilo y procura distraerte bruñendo candelabros. Yo subiré a mi cuarto. Leeré la carta, y esta tarde puedes estar segura de que podremos repasarla en secreto tú y yo, solitos, sin que Norina nos estorbe.

Mientras Lisetta se alejaba hacia el templo, Danilo entro a la casa, subió a su cuarto y, al hacer el intento de abrir el sobre, se quedó repasándolo entre las manos, ¿temiendo qué? ¿Dudando? R.S. Las iniciales eran claras. Renato Sant'Elmo.

Apenas Renato regresó a Roma, le conté mi aventura del Santo Clavo. Me miró hosco y me dijo estas palabras cuyo significado no capté de inmediato: «El héroe puede nacer andrógino pero la educación marca su línea de conducta en la vida.»

Sólo más tarde supe entender la antífona. Comprendí sus palabras y fui en su busca para que me ayudara a salvarme. Guiado por él, yo había alcanzado el diaconato en la gregoriana, lo que indica que sólo me faltaba un año de estudios para ordenarme.

Tras diversas dispensas conseguidas por su comportamiento ejemplar asesorándome y por su valimiento con cierto Cardenal de alto coturno, Renato Sant'Elmo había tenido que aceptar la capellanía de un famoso colegio salesiano de Nápoles.

Huérfano de su sabia asistencia y protección, me vi obligado a trasladarme enseguida al Pío Latino.

No me fue muy difícil someterme a los rigores de su internado, pues yo era un verdadero modelo de buen seminarista. Salfé muy poco. Me dedicaba única y exclusivamente al estudio y a mi profunda devoción. La **Biblia** era mi libro de cabecera. Fortalecía además mi clara fe leyendo las vidas de los santos. La **Leyenda Áurea** del beato Jacobo de Vorágine y otros libros como la **Imitación de Cristo**, de Kempis, reanudaban mi sagrado entusiasmo. Tenía en el seminario pocos amigos, o sea, casi ninguno. No aceptaba salir con mis cofrades. Mi verdadero camarada seguía siendo Renato Sant'Elmo. Nos escribíamos sistemáticamente. Conociendo él mi cariño por el mar y todo aquello que de navegación se tratara, sobre todo lo referente a construcción de navíos, me escribía entusiasmándome con los prodigios que se veían en Nápoles en tal sentido, pues el mismo colegio salesiano donde él servía había incluido entre sus carreras las de ingeniería y arquitectura naval.

Impulsado por mi deseo de entretenerme con Renato Sant'Elmo, pasé mis vacaciones de ese año en Nápoles.

Al descender del tren, un carricoche tirado por un flaco jamelgo me condujo a Pausílipo. Mi bisabuelo, Teófilo Salerno, era hombre tan ampliamente conocido, que hasta los vagabundos del puerto supieron indicarme su residencia junto al templo del cual Teófilo, casi nonagenario, aún seguía siendo devoto sacristán.

Mis primas Lisetta y Norina me llevaron a visitar el colegio salesiano dónde ejercía mi amigo su ministerio y ambas simpatizaron con el carácter alegre de Renato Sant'Elmo quien nos mostró con especial cuidado todo lo referente a la construcción de navíos, y dada la influencia que él tenía con los alumnos que se especializaban en la materia, nos pasamos casi todas las tardes de ese verano navegando en rápidos veleros estructurados por la escuela. Norina, la pequeña, se aficionó conmigo, y Lisetta, con Renato Sant'Eimo.

Fue navegando en la bellísima bahía de Nápoles donde de veras comprendí que mi verdadera vocación era, más que la iglesia, el vasto mar y, sobre todo, la construcción de naves.

Sistemáticamente me acostumbré a pasar mis ratos de ocio en Nápoles y cada vez fui entusiasmándome con la orden salesiana y, por supuesto, con la estructura de navíos.

Desde mi ingreso a mis estudios yo había formado parte del Coro Gregoriano. Por mi voz grave fui seleccionado para integrar el grupo de los bajos. Una tarde, durante los ensayos, escuché a mis espaldas un vozarrón de trueno. Discretamente miré hacia atrás. Era un negro alto, joven, de semblante agradable que, al notar mi extrañeza, se sonrió.

Al final del ensayo, un compañero nos presentó y charlamos. Simpatiqué enseguida con Paul Durgel, no solamente por su fino atractivo, tonante voz y alto porte sino por ser un bello haitiano de ojos garzos y por su trato juguetón. Había cursado la parte sustancial de sus estudios en Francia especializándose en música coral becado por un colegio salesiano de su país.

Poseía una cultura general envidiable, sobre todo en foniatría y polifonía. Deseaba hacer estudios especiales sobre la música africana e intentar en su tierra experimentos de grandes coros populares.

Su versatilidad, rica en facetas, iba de lo dogmático a lo cómico pues su elevado espíritu daba cabida tanto a la hosca homilía como a las bromas. En el coro, ya en los ensayos o en la iglesia, como él quedaba a mis espaldas, me acariciaba a veces los lóbulos de ambas orejas y me soplaba en la nuca suavemente. Solía también, en los momentos de ocio, cuando yo estaba quieto, admirando algún fresco o alguna estatua, aproximarse a mis espaldas y taparme los ojos o abrazarme sin pronunciar palabra sabiendo que su voz mefistofélica era muy fácilmente identificable. De inmediato yo sabía que

se trataba de Paul, pues era el único que acostumbraba esos juegos, pero yo prefería demorarme en resolver la incógnita, mencionando diversos nombres de amigos mutuos. Lo hacía sencillamente por sentir el brazo afectuoso de Paul Durgel, porque siempre pensé que mi amistad con él era tan sana como la que sentía por Renato Sant'Elmo.

Un día caliente de verano, con motivo de una festividad cristiana, nuestro coro se vio obligado a cantar en una iglesia aglomerada de gente. Paul Durgel y yo quedábamos ocultos tras enormes cortinas de terciopelo. Casi en penumbras, sudábamos de la sofocación. Colocado a mi espalda, Paul Durgel me acarició los lóbulos de ambas orejas, como era su costumbre, soplándome en la nuca. Me abrazó fuertemente de tal modo que sentí entre mis nalgas su erectitud, y como cosa de milagro, quedé enseguida erecto. Permanecí hierático gozando con el cordial abrazo. Lo hice sin ninguna malicia, únicamente por seguirle la broma, pero al notar que la tensión de mi sexo era distinta a la que había experimentado al lado de mujeres desnudas comprendí que me hallaba frente a un destino ineluctable contra el que yo debía imponerme Dios mediante. Fue en ese instante cuando logré entender la sabia antífona de Renato Sant'Elmo. «El héroe puede nacer andrógino, pero su educación marca su línea de conducta en la vida.»

Esa noche, en una oscura taberna de la Roca Tarpeya bebí con Paul Durgel el dulce vino de Montecristi sentado junto a él en un discreto rincón entre toneles enormes y antiguos. En la sórdida clandestinidad, oscurecida e impregnada de mostó, bajo el morboso efecto de las copas, sin chistar ni moverse, sentí los manoseos de Paul Durgel quien hábilmente me supo succionar y me produjo el espasmo.

La amistad del haitiano iba a sumirme en un abismo cuyo antro me impediría cumplir mi alta misión soteriológica. Para salvar a mi mamá del infierno necesitaba ser de todos modos el caballero de la Fe, el hombre puro de alma y cuerpo, el salvador.

Yo era diácono. Me faltaba un sólo año para ordenarme. Preferí salvar mi alma, y al día siguiente, muy temprano, hui sin dejar huellas, tomé el tren rumbo a Nápoles y me integré a mi gente de Pausílipo. Mi diaconato y los cursos intensivos de temporada que había aprobado en vacaciones facilitaron mi ingreso en el colegio salesiano en el grupo de los graduandos especializados en construcción de navíos. Feliz, entre Norina, Lisetta y Renato Sant'Elmo, continué mis estudios no sin mirar de vez encuando a los traviesos chiquillos napolitanos con los cuales aprendí el dialecto.

El bautizo de la primera goleta diseñada y construida bajo mi dirección fue motivo de verdadero júbilo. Yo mismo dirigí las maniobras en el viaje de prueba en compañía de mis primas y Renato. Al arribar a Capri, giramos alrededor de esta bella isla y recorrimos la amplia bahía de Nápoles. Norina no se apartaba de mi lado. Yo comprendía que ella me amaba pero sólo me inspiraba cariño, tierno afecto, protección fraternal. Traté de hacerle comprender que mi única y verdadera esposa sería la Virgen, la Madonna, Madre de Cristo y mía.

—En ese caso, lo que anhelas es desposarte con tu madre —me dijo ella.

—Tal vez —repuse, pero no sé por qué sentí en todo mi cuerpo un escalofrío.

—¿Tiemblas? —me dijo.

Pensé decirle que era por el efecto de la brisa, pero odio todo tipo de mentira y simulación.

Lisetta se había prendado de Sant'Elmo. Yo comprendía que Renato estaba como en ascuas. Él era un hombre normalmente rijoso pero de una moral a toda prueba.

Confidencialmente me había dicho que ella quería entregársele, y que en diversas ocasiones él había estado a punto de conplacerla, pero, haciendo un esfuerzo de ética sobrehumana, tenía que refrenarse debido a que sentía por Lisetta lo que jamás había sentido por ninguna mujer. Por eso odiaba el celibato. De no haber sido porque estaba ligado al voto de castidad, nada le habría agradado tanto como casarse con Lisetta convencido de que ella sería una buena esposa y le daría bellos hijos. Fue impulsado por esa desesperación, por la ansiedad que le producía el dilema entre su vida sexual y el respeto la Iglesia, que Renato Sant' Elmo resolvió hacer su viaje a Valparaíso. Pidió el traslado y casi enseguido, sin despedirse, se embarcó.

Su carta, entre mis manos, seguía mortificándome. Vagos presentimientos insinuaban que lo más acertado era no abrirla.

Antes de irse me había dicho que lo mejor para el olvido era una ausencia parecida a la muerte, sin cartas, sin mensajes, sin noticias. ¿Por qué motivo, después de varios meses, había resuelto finalmente escribirme? ¿Sería para decirme que en el colegio salesiano del lejano Valparaíso necesitaba un

profesor experto en construcción de navíos? Era una justa suposición, pero ¿y Lisetta? Yo le había prometido dejarle ver la carta. Sabía que ella en su cuarto la leería varias veces bañada en lágrimas. Ni siquiera me la devolvería. Si Renato le enviaba cariños, besos y abrazos, lloraría a mares; si no lo hacía, también.

Dispuse al fin abrir la carta fatídica.

No era una carta de Renato Sant'Elmo sino de mi mamá. Las iniciales R.S. sólo significaban el nombre de ella, de Rosina Salerno.